

El orfanato de las voces

El orfanato de las voces

© 2026 Helimir E. López

Todos los derechos reservados.

Primera edición: Junio 2026

ISBN: 978-980-18-8983-0

Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, distribuida o transmitida sin autorización previa del autor.

Esta es una obra de ficción. Cualquier semejanza con personas, lugares o hechos reales es pura coincidencia.

Publicado por Helimir E. López

novelasdeterror.com

Hecho en Venezuela

Dedicatoria

A las mujeres que han cargado con la ausencia en silencio.

A los niños que aprendieron a decir "nosotros" antes que "yo".

A Ruth, dondequiera que estés.

Y a mi madre, que nunca me preguntó por qué escribía sobre huérfanos.

Prólogo

El útero es el primer orfanato.

Allí no hay ventanas. No hay puertas que se abran desde dentro. Sólo un latido que no es propio y un cordón que ata a otro cuerpo. Si mueres antes de nacer, no desapareces. Te conviertes en un cuarto vacío dentro de alguien que respira por ti.

La madre de Danzant lo supo en la semana veinticuatro.

El médico dijo óbito fetal. Una palabra limpia para una cosa sucia. Ella sintió que el silencio dentro de su vientre era demasiado grande. No era ausencia. Era presencia vacía. Como una habitación donde alguien acaba de irse y el aire todavía conserva la forma de su cuerpo.

—Ya no se mueve —dijo ella.

—Lo sé —dijo el médico.

Pero ella no hablaba de las piernas o los brazos. Hablaba de la voz. Porque durante tres semanas había escuchado algo que ningún feto debería producir: una palabra repetida una y otra vez en un idioma que no existía.

El orfanato de las voces

Nosotros.

Esa palabra no se forma con labios de veinticuatro semanas. No se forma con ningún labio. Y sin embargo, allí estaba. Vibrando en el líquido amniótico como una campanada bajo el agua.

Cuando extrajeron el cuerpo, la madre pidió verlo.

—Tiene los ojos abiertos —dijo la enfermera.

—Los míos también —dijo la madre.

No lloró. Nunca volvió a llorar. Pero once meses después, cuando la internaron en el sótano del orfanato San Matías (no como trabajadora, como paciente), las monjas la escuchaban hablar sola por las noches. No era una voz. Eran muchas.

Nosotros queremos salir.

Nosotros no estamos muertos.

Nosotros somos él.

La madre murió en 1988. Se ahorcó con una sábana en la habitación 13. En la autopsia, el forense notó algo extraño: el útero estaba contraído como si hubiera parido hacía minutos. Pero hacía once meses que no tenía nada dentro.

El orfanato de las voces

Nadie lo anotó en el informe oficial.

Alguien lo anotó al margen.

Con letra temblorosa, en el expediente extraviado que la psicóloga Elena Marchetti encontraría treinta y siete años después, alguien escribió:

“Él ya hablaba. Éramos dos. Ahora somos más.”

Ese alguien firmó con un solo nombre: Nosotros.

Ninguna monja se llamaba así.

Ninguna persona.

Antes de comenzar

Siete niños. Un secreto. Una presencia que espera desde antes de nacer.

La psicóloga Elena Marchetti cree haberlo visto todo en sus doce años de carrera: trauma, abandono, mecanismos de defensa insospechados. Pero cuando la contratan para evaluar a los últimos residentes de un orfanato condenado a demolición, se encuentra con algo que no encaja en ningún manual clínico.

Todos los niños hablan en plural. No dicen *"yo"*. Dicen *"nosotros"*.

Lo que empieza como una evaluación rutinaria se convierte en un descenso a los sótanos de la identidad, la maternidad fallida y las presencias que se heredan de cuerpo en cuerpo. Porque los niños no están solos. Dentro de ellos habita Danzant, el que nunca nació, el que fue escondido en el vacío de mujeres que perdieron algo que nunca tuvieron.

Y Danzant quiere salir. Quiere un cuerpo. Quiere el de Elena. El orfanato de las voces es una novela de terror psicológico

sobre la línea difusa entre la locura y la posesión, sobre las
madres que no lo fueron y los hijos que nunca terminan de irse.
Sobre lo que ocurre cuando el eco aprende a hablar.

Índice

Portada	i
Página de créditos	ii
Dedicatoria	iii
Prólogo	iv
Antes de comenzar	vii
Índice	ix
Parte I – El nosotros	
Capítulo Uno – El contrato	1
Capítulo Dos – El sótano de las raíces	14
Capítulo Tres – El archivo de los que se fueron	34
Capítulo Cuatro – El pasillo de las de tres de la madrugada	55
Parte II – El ausente	
Capítulo Cinco – La palabra que duele	77
Capítulo Seis – Teorías rotas	97
Capítulo Siete – El juego de las sillas	112
Capítulo Ocho – La autopsia de una fantasma	133
Capítulo Nueve – La oferta	153

Parte III – La negociación

Capítulo Diez – El plazo 176

Capítulo Once – El espejo roto 192

Capítulo Doce – El cuerpo prestado 214

Capítulo Trece – La salida de Lucía 229

Parte IV – El parto seco

Capítulo Catorce – La decisión 247

Capítulo Quince – El ritual sin nombre 264

Capítulo Dieciséis – La demolición 279

Parte V – El eco

Capítulo Dieciocho – El informe final 310

Epílogo – Tres años después 323

Agradecimientos 329

Sobre el autor 330

Parte I – El nosotros

Capítulo Uno

El contrato

La primera vez que Elena Marchetti escuchó el plural, pensó que era un error de transcripción.

El expediente decía: “*Nosotros tenemos seis años*” en lugar de “*Tengo seis años*”. Lo anotó como un posible rasgo gemelar ficticio, un mecanismo de defensa común en niños institucionalizados. Después de doce años como psicóloga forense especializada en trauma infantil, pocas cosas la sorprendían.

Eso fue un martes.

El jueves ya no estaba tan segura.

—No es un mecanismo de defensa —dijo el director del orfanato San Matías, el padre Isidro, mientras le alcanzaba una carpeta de plástico amarillo con bordes deshilachados—. Es una regla. Ellos no usan el yo. Nosotros tampoco se lo exigimos.

Elena levantó una ceja.

—¿Nosotros?

El sacerdote sonrió con un gesto que quería ser paternal y resultaba, en cambio, vidrioso.

—El personal. Las monjas, los cuidadores. Cuando llevas veinte años escuchando nosotros queremos pan en lugar de yo quiero pan, terminas adoptándolo. Es contagioso.

Elena anotó en su libreta: *“Posible folie à plusieurs inducida por el entorno. Lenguaje como vector de identidad grupal patológica.”*

—¿Cuántos niños quedan? —preguntó.

—Siete. Antes de los noventa llegamos a tener cuarenta. Pero el Estado fue retirando a los menores con el tiempo. Estos siete...
—el padre Isidro hizo una pausa incómoda—. Ninguna familia quiso adoptarlos.

—¿Razón?

—*Nosotros.*

La palabra cayó en el despacho como una moneda falsa. Elena esperó una explicación. El sacerdote se limitó a encogerse de hombros.

—A la gente le incomoda. Un niño que dice yo es un niño. Un niño que dice *nosotros* es... —buscó la palabra—. Una muchedumbre.

Elena cerró la carpeta sin leerla. No necesitaba los detalles todavía. Necesitaba verlos.

—¿Puedo acceder a las instalaciones esta tarde?

—Las instalaciones serán demolidas en tres semanas —dijo el padre Isidro—. Puede acceder cuando quiera. Pero le sugiero que traiga linterna. El sótano no tiene luz desde el eighty-eight.

—¿Ochenta y ocho?

—Un incendio. O un exorcismo. Depende a qué monja le pregunte.

Elena no sonrió. Nunca sonreía cuando le hablaban de exorcismos.

El orfanato San Matías se alzaba en la cima de una colina pelada, a cuarenta minutos de la ciudad. El edificio parecía un error de perspectiva: demasiado alto para su ancho, con ventanas angostas que recordaban más a aspilleras de fortaleza que a

miradores infantiles. La fachada de ladrillo visto estaba manchada por décadas de humedad ascendente, como si la tierra intentara devorarlo desde los cimientos.

Elena aparcó su Renault Clio gris junto a una furgoneta de la constructora. Un cartel clavado en una estaca decía: *“Próxima demolición. Prohibido el paso.”*

Entró por una puerta lateral que el padre Isidro le había indicado.

El olor fue lo primero: naftalina, cera vieja y un fondo metálico que no supo identificar. El segundo fue el silencio. No el silencio de un edificio vacío, sino el de un edificio lleno de cosas que respiran sin hacer ruido.

—¿Dra. Marchetti?

La voz provenía de una mujer menuda, con hábito azul y gafas de montura dorada. Se presentó como hermana Inés, la educadora a cargo.

—Los niños están en el salón de usos múltiples —dijo, guiándola por un pasillo de baldosas verdes—. Les avisé que vendría una psicóloga. No les gustó.

—¿Por qué?

—Porque las psicólogas anteriores también vinieron a evaluarlos. Y ninguna volvió.

Elena se detuvo.

—¿Ninguna volvió?

—Volvieron —la hermana Inés corrigió con precisión quirúrgica—. Pero no para quedarse. Renunciaron a los pocos días. Una dijo que tenía migrañas inducidas por el estrés. Otra dijo que los niños la miraban mientras dormía. La tercera...

—¿La tercera?

La monja se ajustó las gafas.

—La tercera dijo, cito: *“Ellos saben cosas que no deberían saber.”* No especificó qué cosas. Al día siguiente pidió el traslado.

Elena sintió un cosquilleo en la nuca. Lo archivó como respuesta psicofisiológica a una narrativa de suspenso. No creía en premoniciones. Creía en la evidencia.

—Lléveme con ellos —dijo.

El salón de usos múltiples era una nave amplia con ventanales empolvados que dejaban pasar una luz mortecina. En el centro, siete sillas de madera formaban un círculo imperfecto. En ellas, siete niños.

Elena los recorrió con la mirada mientras la hermana Inés hacía las presentaciones.

Había una niña de unos seis años con coletas deshechas (Sofía). Un niño de catorce, el mayor, con una cicatriz en el labio superior (Mateo). Una niña de nueve que la miraba sin parpadear (Lucía, anotó Elena). Un niño pequeño que no levantaba la vista del suelo (Daniel, cuatro años, el más chico). Y otros tres cuyos nombres registró mecánicamente mientras su cerebro procesaba algo más importante.

Todos los niños tenían las manos sobre las rodillas. Todos estaban sentados en la misma postura. Todos respiraban al mismo ritmo.

Eso no era inusual en grupos institucionalizados. La sincronía motora es un marcador de adaptación al entorno.

Lo inusual fue que ninguno habló primero.

Elena se presentó. Dijo su nombre, su profesión, el motivo de su visita. Usó el tono cálido pero neutro que usaba siempre. Esperó una reacción.

Lucía, la niña de nueve años, inclinó la cabeza como un pájaro.

—Nosotros sabemos quién eres.

Elena asintió.

—¿Sí? ¿Quién soy?

—La que viene a escuchar las voces —dijo Lucía—. Pero las tuyas están dormidas.

Los otros niños no se movieron. La hermana Inés hizo una mueca de disculpa. Elena anotó: *“Alucinaciones auditivas inducidas por sugestión grupal.”*

—Las voces no duermen, Lucía —respondió, manteniendo el tono profesional—. A veces una persona decide no escucharlas. Eso no significa que no estén ahí.

La niña sonrió. Fue una sonrisa adulta, sobrante, como una prenda demasiado grande para un cuerpo pequeño.

—Por eso viniste —dijo—. Porque tú también tuviste un *nosotros* dentro. Y lo perdiste.

Elena sintió el golpe en el vientre antes de procesar las palabras. No fue un dolor físico. Fue un recuerdo físico. Una contracción fantasmal de algo que ya no existía.

El embarazo ectópico. La hemorragia. La palabra “*lo siento*” dicha por un médico que no la miraba a los ojos.

Nadie en el orfanato podía saber eso. No estaba en su ficha profesional. No estaba en ningún lado.

—¿Quién te dijo eso? —preguntó, y su voz sonó más aguda de lo que quería.

Lucía giró la cabeza hacia el centro vacío del círculo.

—Él.

Los otros niños asintieron al unísono. Siete cabezas moviéndose en sincronía absoluta.

—Él siempre nos dice la verdad —agregó Mateo, el adolescente, sin abrir los ojos—. Porque él no puede mentir. Él no tiene boca.

Elena cerró su libreta.

—¿De quién hablan?

El silencio se espesó. La hermana Inés dio un paso atrás. Los niños no respondieron durante lo que pareció un minuto entero. Luego, Sofía, la más pequeña de coletas, abrió la boca por primera vez.

Su voz era un susurro de cristal.

—Del que no nació. Del que nos prestó su vacío. Del que quiere salir.

—¿Salir de dónde? —preguntó Elena.

Sofía levantó la mano y señaló su propio pecho.

Luego señaló el pecho de Lucía.

Luego el de Mateo.

Luego, muy lentamente, bajó el brazo y señaló el vientre de Elena.

—De *nosotros* —dijo.

Y sonrió con todos los dientes.

Esa noche, en el hotel, Elena no pudo dormir.

No porque tuviera miedo. Porque no podía dejar de repetir la última frase de Sofía en su cabeza. No la frase en sí. Sino el modo en que la niña había señalado su vientre.

Él quiere salir.

Se levantó, fue al baño, se miró al espejo. Tenía treinta y nueve años. Su cuerpo había sobrevivido a una trompa rota, a una cicatriz interna invisible, a una pérdida que nunca lloró del todo. Los médicos le dijeron que podía tener hijos, pero ella decidió que no. No por miedo. Por certeza: no merecía volver a intentarlo.

Esa certeza ahora temblaba.

Apoyó las palmas sobre el bajo vientre. La piel estaba fría. Normal.

Pero por un instante, apenas un parpadeo, sintió algo moverse allí dentro.

Algo que no era un músculo.

Algo que no era un calambre.

Algo que decía, sin palabras, una sola palabra que Elena no había escuchado desde hacía doce años, cuando el quirófano se llevó su primer y único embarazo.

Nosotros.

Elena retiró las manos como si hubiera tocado un cable pelado.

Y esa noche, por primera vez en más de una década, durmió con la luz encendida.

No sirvió de nada.

Soñó con un niño que no tenía rostro, sentado en una silla en medio de una habitación vacía. El niño no hablaba. Pero detrás de él, pegadas a la pared como marionetas sin hilos, estaban las siluetas de otros siete niños.

Y todos, al unísono, movían los labios.

Nosotros te elegimos. Ahora tú también eres parte del nosotros.

Cuando Elena despertó, tenía arena en la boca.

Pero no había arena en la habitación.

Había algo peor: en la mesa de noche, junto a su reloj, apareció un dibujo hecho con crayón verde. Un círculo. Siete palitos alrededor. Y en el centro, una figura con forma de huevo que tenía escrito, con letra infantil temblorosa:

“TU PANZA.”

Elena no había traído crayones al hotel.

No había niños en el hotel.

Y sin embargo, el dibujo estaba ahí.

El orfanato de las voces

Lo dobló en cuatro partes. Lo metió en su bolso. Y a la mañana siguiente, cuando el sol aún no había salido, ya estaba en su coche, de regreso al orfanato.

No llevaba linterna.

Pero el padre Isidro tenía razón sobre una cosa: el sótano no tenía luz desde el ochenta y ocho.

Y ella necesitaba bajar.